

neaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enxalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudiéron mover de donde estaban. Soltó en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los deliüentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara, quando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el quadrillero otro candil (1).

Real. Carlos V, mandó que les diesen muerte antes de asaetearlos. Entre los individuos de que se componia su cabildo, ó tribunal, habia un Quadrillero mayor, que ademas de los tenientes tenia en las ciudades, lugares y ventas otros quadrilleros comisarios, como lo era este que asio la barba de Don Quixote. Sebastian Munster hizo el año de 1559, una puntual descripcion de esta Hermandad ó tribunal en su *Cosmografia*: f. 60.

(1) Este suceso de la desvergonzada Maritórnes es uno de

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasáron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HABIA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quixote, y con el mismo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¿Que tengo de dormir pesia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que

aquellos pasos ó situaciones, que como peligrosos para el lector incauto reprehende justamente el abate Jaquelin; y el abate Garces (*Particulas de la Lengua Castellana*: prologo del tom. II, p. 51.) Acaso no lo omitió Cervantes por imitar en todo los libros de caballerías, especialmente el de Amadis de Gaula, donde al fin del cap. 25, se refiere otro caso, en parte semejante, entre la doncella Brandueta y el aventurero Galaor.

no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quixote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber..... Mas esto que ahora quiero decirte házme de jurar, que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Digo, respondió Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo, que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía: y así has de saber, que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás, que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y hermosa doncella que en gran parte de

la tierra se puede hallar. ¿Que te podria decir del adorno de su persona! ¿Que de su gallardo entendimiento! ¿Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dexaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer, quando los arrieros, que por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado Moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado.

Pero dígame, señor, ¿como llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della qual quedámos? Aun vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿que tuve, sino los mayores porrazos, que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quixote. ¿No le he dicho que sí, pese á mí linage? dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el quadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto; y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el Moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si

no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quixote, pero no es bastante indicio ese para creer, que este que se ve sea el encantado Moro. Llegó el quadrillero, y como lo halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad, que aun Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el quadrillero, y díxole: pues ¿como va, buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió Don Quixote, si fuera que vos. ¿Usase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El quadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceyte dió á Don Quixote con él en la cabeza, de suerte que le dexó muy bien descalabrado, y como todo quedó á escúras, salióse luego, y Sancho Panza dixo: sin duda, señor, que este es el Moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas

de encantamentos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levántate, Sancho, si puedes, y llama al Alcayde desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceyte, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad, que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué ascúras donde estaba el ventero, y encontrándose con el quadrillero, que estaba escuchando en que paraba su enemigo, le dixo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro que está en esta venta. Quando el quadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero

tero le proveyó de quanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quixote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres y otras tantas Ave Mariás, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el ventero y quadrillero: que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la

alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber, quando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo qual mandó que le arropasen y le dexasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno qualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quixote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco ménos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado, como el de su amo, y así primero que vomitase, le diéron tantas

ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente, que era llegada su última hora, y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así Don Quixote le dixo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí, que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para que consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fuéron mas de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensáron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero Don Quixote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras,

pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo, y así forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno : púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos quantos habia en la venta, que pasaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban, que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, aloménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto vizmar. Ya que estuviéron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo : muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo

á agradecéros las todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar, en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed, que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mesmo sosiego : señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, quando se me hacen : solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, comó de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó Don Quixote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quixote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que ne es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdoneis

por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los quales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviesen (1), porque se les debe de fuero y de derecho qualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo, y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: págueme lo que se me debe, y dexémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sándio y mal hostelero, respondió Don Quixote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese: y él, sin mirar si le seguía

(1) No habia sin duda leído Don Quixote el *Morgante Maggiore de Luis Pulci*, que en el canto 21, introduce á Orlando reventando de pena porque no tenia dineros con que pagar la posada al ventero, que pretendia le dexase el caballo á lo menos en prendas.

su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el qual dixo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle, que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase. A lo qual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado, aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen quatro perayles de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y movidos de un

mesmo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con perro por carnestolendas (1). Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el qual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció, que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó, por ver si

(1) Esta burla se usaba ya en la antigüedad. De Oton dice Suetonio (*cap. II.*) que rondando de noche por las calles de Roma, si encontraba algun borracho le manteaba, tendiéndole en la capa.... *distento sago impositum* in sublime jactare: y Marcial, hablando con su libro, dice: que no se fie de alabanzas, porque á vuelta de ellas se burlarian de él, manteándole....

Ibis ab excusso missus in astra sago.

(Lib. I, Epig. 4.)



hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, (que no eran muy altas) quando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dexara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por este cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quejas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le dexáron (1). Truxéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arropáron

(1) Este manteamiento de Sancho es parecido al suceso de Fidelio, escudero de Don Florando de Inglaterra, quando yendo algo apartado de su amo, le asieron quatro fantasmas, y levantándole en el ayre, le atormentaron las carnes con tenazas encendidas, y pidiendo favor y ayuda, oyo su amo sus clamores, vuelve atras el caballo, y mirando el triste estado de su escudero, no le socorre, escusándose con que toda aquella pesada burla era mera apariencia, y no cosa real y verdadera.

con su gaban, y la compasiva de Maritórnes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien sócorrelle con un jarro de agua, y así se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendolo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo, (y enseñábale la alcuza del brebaje) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: ¿por dicha, hásele olvidado á vuestra merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déxeme á mí: y el acabar de decir esto, y el començar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le truxese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léjos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno,

y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia; mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGO Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote